



Cuando un chaval llega a nuestros Hogares normalmente nos aparece como inexperto, como un gran desconocedor de la mayor parte de las cosas que decimos y hacemos, como un alguien que ignora nuestra historia, nuestras costumbres, incluso ese vocabulario peculiar que para nosotros es una de nuestras señas de identidad más preciadas. Y entre las tareas más importantes que competen al mando o al dirigente está llevar de la mano a esa persona, acompañarla, darle a conocer nuestras cosas, convertirla, en definitiva, en uno más entre nosotros, para que las vivencias de las que participa puedan dejar en él o ella una huella imprecionable en su personalidad y su carácter: en definitiva, para que pueda descubrir por sí mismo el valor de la libertad y la manera de disfrutarla con plenitud y responsabilidad.

Pero claro, aquí hay un problema: sea cual sea la importancia de nuestra influencia sobre quienes están a nuestro cargo, es evidente que todos ellos pasan más tiempo fuera del Hogar que en el Hogar, es decir, en compañía de personas con planteamientos muy diferentes del nuestro o, sencillamente, mirando la televisión, que a pesar de que hay quien opina lo contrario aunque no es un medio haya que rechazar por sistema, ni mucho menos. Por eso es muy necesario que nuestra conducta sea ejemplar, ya que esa es la única vía por la cual conseguiremos que se nos crea más que a quienes propongan cosas opuestas a las nuestras: sin credibilidad no hay nada que hacer, pero nada de toda nadería, o sea, nada.

Tampoco podremos llevar a buen término nuestro esfuerzo si nos empeñamos en un estúpido y trasnochado autoritarismo. Cuando un educador

se comporta como un dictador el chaval lo identifica de inmediato, y se deja domesticar, pero en modo alguno permite que se le eduque. Una persona domesticada es la que aprende a comportarse como se espera de ella cuando está en determinados entornos, pero cambia por completo de actitud –y a menudo, por reacción, desarrolla conductas estrictamente opuestas– en cuanto se siente libre de hacerlo.

¿Cómo se consigue la credibilidad? No es fácil establecer reglas precisas para ello, pero sí que hay unas cuantas pautas que en general suelen dar buenos resultados. Para empezar el mando con credibilidad es un mando **coherente**, que actúa igual cuando le miran y cuando no, que en general ajusta sus actitudes a los valores que propone –no hay gran diferencia entre lo que explica y lo que le vemos hacer–.

Es positivo **poner límites sabiendo escuchar**. Se han evitado más revoluciones escuchando a los revoltosos que deteniéndoles. Todos necesitamos saber que hay barreras que no podemos saltar, pero también que se nos permita expresar nuestros deseos; hay que saber decir que no, pero no sin motivos. Y en la misma línea, el educador ha de saber ser **flexible y comprensivo** cuando observa actitudes que ha de corregir; es mucho mejor ayudar a descubrir el error que recriminarlo.

Los chavales otorgan su credibilidad a su mando si este es capaz de **hacerles sentir que les quiere**, que de verdad le importa, que trabajar con, por y para el niño o joven no es una carga, sino un auténtico goce, que de verdad todo lo que hacemos es pensando en ellos; si es capaz de **abrirles nuevas perspectivas** para darle sentido a sus vidas

y les ayudan a crecer en unos ideales que valen la pena de ser vividos.

Finalmente, quienes nos escuchan creen en nosotros cuando **les demostramos nuestra confianza**, cuando notan que de verdad creemos en ellos y en sus posibilidades, cuando sienten que, con sinceridad, de ellos nos fiamos y con ellos nos atrevemos, porque entonces vale la pena todo el esfuerzo que todos hacemos para aprender y ejercer la libertad.

AEM

